

*CONDICIÓN FEMENINA
Y RAZÓN ILUSTRADA:
Josefa Amar y Borbón*

María Victoria López-Cordón Cortezo



Prensas Universitarias de Zaragoza

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
1. EL PERSONAJE Y SUS CIRCUNSTANCIAS	13
2. UNA BIOGRAFÍA INTERRUMPIDA	39
3. LA ACTIVIDAD PÚBLICA	57
4. TRADUCTORA Y ESCRITORA.....	77
5. LOS TÓPICOS ILUSTRADOS.....	99
6. LAS GRANDES CUESTIONES.....	117
7. LAS IDEAS SOBRE EDUCACIÓN	137
8. CONCIENCIA DE MUJER.....	163
9. ENTRE LA VINDICACIÓN Y LA CAUTELA	183
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	201
APÉNDICES	213

INTRODUCCIÓN

En este libro se pretende analizar el pensamiento y la vida de una mujer ilustrada. No es una tarea sencilla ya que no son demasiados los nombres propios femeninos que han logrado superar la criba de la memoria histórica y, salvo algunas excepciones, los rastros documentales suelen ser fragmentarios, cuando no colaterales. Por eso, cuando tenemos la suerte de contar con testimonios directos, ya sea en forma de correspondencia o de escritos literarios, nuestras posibilidades de acercarnos al personaje se amplían porque, con todas las cautelas que se quieran, las propias palabras permiten llenar vacíos y descubrir su relación, unas veces de complicidad y otras de conflicto, con el mundo que le rodea. El rescatar en estas condiciones a alguien del olvido, insertándolo en su contexto temporal y analizando críticamente sus textos se convierte así no sólo en un reto intelectual, por las dificultades que muchas veces encierra, sino en un compromiso profesional, como si sólo a través suyo pudiéramos recomponer una dimensión del pasado que nos intriga. No se trata, en absoluto, de llevar a cabo un ejercicio de desagravio personal, ni mucho menos de convertir a la discreta aragonesa que protagoniza estas páginas en una abanderada de su tiempo, dándole una dimensión intelectual o social que nunca tuvo, sino de algo mucho más acorde con nuestra manera de concebir la historia hoy, como es tratar de entender a través de un sujeto concreto la dinámica social e intelectual que caracterizó su tiempo, poniendo de relieve la multiplicidad de sus efectos.

Referido esto a un periodo tan complejo, y también tan estudiado, como el de la segunda mitad del siglo XVIII, la pretensión parece excesiva porque se trata nada menos que de encarnar en una dama provinciana un fenómeno de largo alcance como es el de la Ilustración, señalando el ángulo desde el que interpretó sus claves y los

límites que impidieron la apropiación de todos sus paradigmas. Supone reflexionar a una determinada escala sobre el carácter personal que siempre tiene la recepción de una corriente intelectual, con la peculiaridad de que, en este caso, el ejemplo escogido no refleja exactamente el modelo general por tratarse de una mujer. Esta disfunción no altera el proceso, puesto que la cultura dominante permitió la emergencia de otras figuras que brillaron en la sociedad del momento a pesar de su sexo, pero sí supone un importante correctivo que debemos tener en cuenta tanto a la hora de entender sus condicionamientos, como de analizar sus enfoques. Respecto a los primeros, resultan tan obvios, si tenemos en cuenta las cortapisas sociales, jurídicas y educativas que constriñen a la población femenina de la época, que no es necesario mencionarlos; en lo que se refiere a los segundos, sí conviene recordar que las Luces, en España como en el resto de Europa, variaron en grados de intensidad y, según los niveles en que se difundieron, dieron lugar a lecturas diferentes, generando una serie de tópicos que sirvieron para articular respuestas coherentes y, a veces, alternativas entre ellas, a muchos de los supuestos que fundamentaban la propia sociedad. Uno de ellos fue, sin duda, el de la distinta valoración de los sexos, cuyo cuestionamiento no nació entonces, aunque sí lo hicieron muchos de los avances conseguidos en el campo del pensamiento que permitieron iniciar el camino de su deslegitimación. Que éste fuera emprendido con decisión por una mayoría de las pensadoras del momento no es algo que pueda extrañar ya que, en definitiva, todas se vieron personalmente implicadas en ello.

La Ilustración como fenómeno cultural no es, desde luego, un proceso unitario y, por lo tanto, tampoco cabe, deslumbrados por sus ejemplos más acabados, negar la existencia de otras variantes menos reconocidas. Cada país participó en él y asimiló sus resultados de una manera distinta, en unos casos poniéndose a la cabeza de las grandes aportaciones teóricas y, en otros, asimilando selectivamente las novedades y adaptándolas a sus circunstancias particulares. Éste fue el caso español, en el que no cabe negar ya hoy la influencia de esta corriente, ni tampoco su buena armonía durante gran parte de la centuria con el absolutismo borbónico. No fue el único caso y, en alguna medida, resultaba también lógico, ya que sus

objetivos convergían en la búsqueda de una mayor prosperidad material y de una relativa equiparación con las naciones más desarrolladas del continente. Pero reconociendo esto, también hay que decir que no todo fue inducción desde arriba, despotismo gubernamental, ya que bien con anterioridad a la llegada al trono de Carlos III, bien en sus primeros años de reinado, surgieron núcleos regionales bastante activos que mostraron una especial inclinación hacia los temas de carácter científico, de crítica histórica o económicos, los cuales revelan una dimensión territorial que no cabe minusvalorar. Del País Vasco a Valencia y de Cataluña a Galicia pasando por Aragón, sociedades económicas, consulados de comercio y otro tipo de instituciones, a veces poco formalizadas, desarrollaron un papel fundamental en el intenso flujo de circulación de ideas y proyectos que caracterizó este momento. Algunas llegaron a plasmarse en realizaciones concretas, otras fracasaron o ni siquiera se llegaron a poner en práctica, pero en cualquier caso prueban que las inquietudes ilustradas fueron algo más que los programas reformistas inducidos desde el poder y que su calado social, aunque limitado, fue sin embargo suficiente para poner en marcha las primeras alternativas al sistema dominante. Si del terreno genérico de las influencias o de los grupos pasamos a la identificación personal de los protagonistas de esta aventura, nos encontramos con algunos nombres bien conocidos, relacionados con los mejores logros de la centuria, tanto en el terreno del pensamiento como en el de la acción política; pero también con otros más modestos, casi, si no del todo, ignorados, pero cuyo papel como trasmisores resultó fundamental. Gracias a ellos, la gran aventura del siglo que consistió en la paulatina apertura de la mente, a través de la lectura, del estudio y de la reflexión, a los grandes interrogantes humanos, que nunca como entonces filósofos y publicistas habían puesto al alcance del público cultivado, pudo empezar a cobrar cierta virtualidad, incitando a que se hicieran preguntas y se cuestionaran antiguos principios de autoridad. De su mano, lo incuestionable empezó a ser menos firme, y un atisbo de rebeldía personal se empezó a manifestar en la ironía al hablar de los «nobles fantasmones», las críticas a la superchería religiosa o los velados reproches hacia un gobierno que dejaba pasar el tiempo haciendo consultas o redactando informes. Sus ideas no eran origi-